

Florentino Díaz

**Al despertar me hallaba
en el desierto**

I

Al despertar me hallaba en el desierto.
Debía encontrar una forma de regresar a la ciudad.
Estaba solo y toda la arena parecía un cuerpo durmiendo
entre lo oscuro.

Las cuatro estrellas sobre mí y caminaba cansado,
de pronto andaban las sombras conmigo,
viajaba aún.

Desde el alba puedes contemplar la luz.

A quién seguir. No respondes. El cielo es una pequeña
mañana sobre el perfil de las piedras. Vivan ustedes,
tomen la forma de un cuerpo y levántense para andar
sobre el mundo. Tomen caballos también, beber de la
fuente inmensa y escondida.

Silencio ciego es el agua, no me escuchas en lo más oscuro
de tu frente. Deberías danzar con los demás hermanos.
Destella el aire, el carro resplandece con el anciano de
los cabellos como un río.

He estado esperando por ti, debes dejar el rostro de la
serpiente. Déjalo todo en la arena, verás al viento
nuevo, poderoso, erguirse más allá del horizonte.

Todo lo llena, inunda silenciosa el mundo. Y es una la
noche con el día. Tal es la luz.

En verdad jamás sientes. Quién eres más allá de este aire y
esta lluvia.

Es la madrugada. Aún persigues el camino y cada paso que das vuelves al viento, pero no has liberado nada de tu brillo. Temes a la noche y a las flores, temes el movimiento libre de los árboles. Piensas que eres y no estás seguro de tus ojos. De todo huyes veloz, jadeante, a punto de ser devorado por demonios.

En el cielo no hay senderos, nada se marca en el aire, y las formas de las nubes pueden mostrarnos algo nuevo.

Ahora es noche todavía.

Lejos de los hombres y el frío. Puedo ver las estrellas sin ese manto gris o púrpura que me desgarran los ojos cada vez que miro hacia lo alto. Si me quedara sería mejor, vivir de algún campo esperando el primer rayo de luz para empezar mi vida.

Dormir cuando la luna se eleva, y en ciertos días mirar su recorrido en la profunda calma.

Hubo noches plenas, como olas de fuego derramadas sobre el horizonte. Miraba los árboles de la avenida.

Caminaba horas buscando los cambios leves de luz en cada cosa. Y antes de llegar el crepúsculo todo volvía a su color verdadero. El aire se hacía diáfano como un regalo divino y la belleza era una calle, un niño sentado, las ventanas y los autos. Cómo llegaba la dulzura a mi corazón en aquel tiempo. El muro antiguo de un teatro se veía desde mi habitación y yo podía saber cuándo el sol llegaría a cubrirlo.

Esperaba la hora en que los espíritus marchan de regreso a cada mundo. No penetraba la luz en lo viviente, pero ya la tierra se tendía ansiosa de recibir como algo no antes dado la mirada brillante de su estrella amada. Yo esperaba, niño aún, entre los muebles para nacer con

ellos. El amanecer tiene un silencio que es la felicidad del mundo. No conocía nada más.

Este es el desierto, nos lo han dicho siempre, pero yo hallo aquí la vida ausente de otros lados. No he visto a nadie en días. El vuelo de un pájaro me otorgó la certeza de presenciar la maravilla. Creía haber percibido la ausencia de todo movimiento en este sitio. Y ahí estaba como una alada piedra viva, más hermoso que cualquier pensamiento.

Debo volver a la luz de la ciudad, recuperarla para que no nos deje. Alguna vez la he visto, años antes, entrar por encima de un corredor mientras caminaba hacia la puerta de una pequeña casa. La luz de la mañana y de la tarde, ambas como una caricia invisible, otra forma de palabra. Esa es la luz que ahora sé tenía vida. Lo luminoso es un cuerpo. Vivía de otro modo aquellas horas.

Lo peor ha de ser sentir que no se puede contemplar nada, que no hay nada que de verdad escape a la muerte. ¿Muere la luz contigo? Entonces también es un puente la luna. Cuando se refleja el rayo del sol sobre un jardín, ya entrada la noche y con el aroma fresco de lo antes bullicioso, pero ahora sumergido en la tranquilidad de una calle que empieza a dormir, ¿no es eso también como otra palabra de lo eterno?

Y lo eterno es todo como un árbol inmenso en el centro de un bosque, a plena luz y en plena oscuridad.

Aún sigo cansado. No tengo la fuerza de las almas nobles, pero debo seguir andando en medio de esta oscura vía. Confío en esas pequeñas luces de lo alto.

Si puedes ser niño en la ciudad, ¿por qué no devolver al

menos un destello de esa vida, de ese instante
guardado como lo más puro?

¿Han visto el hilo de sus días, como una voz sutil que
siempre los llenaba emergiendo de todo lo elemental,
de todas las imágenes de la hierba y las flores?

Ese es el ángel de la vida, al que se aparta o se acoge luego
de mucho tiempo caminar solo y entre leños
apagados.

Él se halla conmigo, aunque su rostro no se revele aún y
tenga por distante las esferas donde toda armonía es
engendrada.

Pienso en este sendero que no acaba y la distancia que me
separa de los hombres. Hay un destello a lo lejos, un
bus recorriendo la carretera.

A setecientos kilómetros de Lima puedo contemplar las
estrellas más brillantes.

Camino a la ciudad todo se extingue,
una especie de brisa es lo que siempre confunde a los
demás,

el viento escarchado de los cuerpos,
uno junto a otro como jardines dormidos.

Y la ventana del bus es oscura,
lo suficiente para volverte noche entre los montes,
Cada agujero en el cielo es una puerta,
una larga mirada desde las estrellas.

Pero todo lo observas con el silencio de las hojas,
como un resplandor apagado que se une a la lluvia.

Es el camino de un cuerpo que no escucha,
que no percibe el rumor de los árboles
ni al pequeño bosque de los lejanos ojos.

Cuán sagrada se hace la voz de la tarde
en los oídos de los que esperan llegar.
Porque las piedras definen muchas líneas
y no basta mil lunas desnudas para buscar un alma.
Ese es quien se ha perdido,
¿no lo han hallado ustedes entregado al sueño,
como bebiendo de otro mar en otra tierra?
Él se desplaza más allá de las flores,
de los racimos escondidos tras las sombras.
Tal vez ya lo han visto
volviéndose al horizonte sobre la hierba.
En un camino de espejos nos movemos sin cesar.
El corazón de Lima se mira desde la otra orilla.
Un rayo puede atravesar el espacio
darle forma a un rostro cuando encuentras su mirada.
No tienen voz sus autos, ni la perdida calle bajo las nubes.
Si hallas el camino, cómo empiezas,
cómo descubres el sentido de la arena.
Pareciera hundirse la luna sobre el mar,
como una caricia sin rumbo que derramase el calor
de todos los seres vivos
y cada forma de la mañana se hiciera blanca en aquel astro.
A él apenas reconoces cuando vas en la avenida inmensa,
entre sus labios amanecen ciudades amarillas
y bajan de las flores puñales de oro.
Si fuese el reflejo de su rostro lo que observas en el vidrio
cuidarías del círculo que arde ahí en su frente.
Él también describe nuevas formas al cruzar la brisa.

Pero se acaba la presencia de la tarde,
no sabes lo que piensas y es tan claro todo
como un río que descendiera de la estrella

para apaciguar el despertar de la noche.
El cuerpo de la luna es la puerta que esperas,
acércate tranquilo a la caverna del mundo,
al tibio caer de una gota hacia las flores.
Te llama su rostro como una amable hierba entre los muros.
No crees que la noche pueda llegar con un resplandor
semejante.

Y buscas dormir como aquel que mira la madrugada.
Y sabes que no tiene fin el otro árbol,
el que sostiene la aurora como un dios bajo el cristal.
Él fluye porque lo es todo, debes tener la quietud de sus
ojos.

Jamás la sombra se retira de la ventana.
Ni se quiebran por completo los frutos del viento oscuro.
Ya todo vuelto al manto,
allá cerca a los brazos del mar, se pierde lento su cabello.
Mirada hermosa, ven junto al fuego de esta vía.
Mañana crecerán los puentes para llegar al río.
Ven sobre las huellas de las nubes, más rápido que el aire,
a la naciente ciudad de piedras y de barro.
Si fuese el tiempo aquel donde danzaban las tribus,
mi alma vagaría aún libre sin detenerse en las hogueras.
Todos los espíritus observándote.

Todo danza! ¿no es verdad? Todo anhela el movimiento más
pleno. Tal vez no me preocupa llegar, sólo viajar es
importante.

Ya veremos otro cielo cuando se hagan claras las montañas.
Ahora es el agua quien te llama, no la encuentras en la
tierra que miras, debe esconderse bajo sus raíces como
un delgado manto para besar el aire.

Las horas pasan y siempre termina por aturdirme el tiempo.

Sentir el cuerpo es algo extraño, mientras se va en el camino
los músculos se apagan, no puedo decir más. Estoy
cansado. A veces es como si mi alma muriera, quedara
el resto como una forma opaca.

Sé que el fuego que nos regala la vida se debilita cuando
pienso, un veneno que se extiende sobre arterias más
sutiles, sobre una carne más frágil que la carne de esta
espalda.

Nada como un día para caminar bajo un sol apacible. Más
allá preparan las cuerdas. Muchos serán los labios que
dejarán el mundo. Y a todos nos cubrirá el polvo.

Oh día feliz que enciendes en nuestras frentes el brillo de la
vida.

Mañana buscaremos la luna,
también habrá en el viento una voz para escuchar,
un breve y estruendoso cambio en el horizonte.
Las señales del alba que nacerán en tus ojos.
Vendrá aquel día cuando toda la ceniza quede limpia de las
puertas
y se aprecie nuevamente el rayo descender entre los árboles.
Te cantaré a ti entonces con más libertad que la de hoy.
Daré a mis manos nombres para tu mirada
y en las esquinas de las piedras se tallará tu rostro.
Eres tú el amado por quien ellos han vivido.
La paz de tu sagrado fuego alegrará nuestras horas.

Vuelve a este segundo donde el desierto va quedando tras
de ti. Ya se distinguen los cables entre los postes.

Ahí están las casas de cemento y calamina.
Aquella materia ofende el corazón de este barro.
Cuidado con los ángeles que se acercan,
¿pueden oírlos?

Ya es una sombra el bus y la mayoría duerme para no
enfrentar la noche.
Algunas estrellas se distinguen desde aquí.
Los sueños son como una neblina pálida que se
desprendiera de sus rostros.
Veo que toman la forma de unos dedos,
pretenden desgarrar el velo de los ocultos.
Ellos no han observado a aquél que nos contempla desde el
fondo de las piedras con sus ojos como dos esferas de
oro. Su piel es gris y gira con lentitud cortando todas
las nubes.
Espera danzar para guiar a los espíritus.
A él no le importa si hemos olvidado sus pasos y su aliento.
A cada sueño su mirada escoge para llevarlo al bosque
oscuro o al bosque claro.
Así vivimos inmortales entre la hierba sin luz o la hierba
bajo algún astro.
Es el hijo de la noche quien toca ligero cada rasgo delicado
de los niños.
¿Crees caminar?, ¿los buscas?
Sólo es la tarde quien te adormece.
No encuentras árboles, no hallas ninguna fuente.
Ella descansa al otro lado, aún podrías verla si quisieras.
Los autos también son los insectos,
la colonia enorme buscando su alimento por el suelo.
La arena se halla sola aquí.
¿Cuándo llegaste, lo recuerdas?
Por supuesto que no. Alguien se acercaría a ti.
Pensaría que tus ojos son dos cúmulos de estrellas a lo lejos.
Besan el metal por todas partes, tú deseas y así sigues
andando.
La memoria también muere.
Ya estás en la ciudad.

Es el día para todos los seres.
La claridad penetra en las ventanas, en los cristales de las
tiendas, en el concreto y los ladrillos.
Oye a la materia que ellos creen muerta, cómo alza su
plegaria para bendecir al cielo.
Quién escucha la música del alba. Alguien que responda.
Quién siente el respiro de la brisa.
Basta pasear, recorrer animado el largo trecho entre los
parques. Tal vez en una esquina encuentres a los
niños.
Ya has dormido. Tienes en ti suficiente energía para salir.
En el sueño no hay espacio absoluto y éste se sostiene en la
mente.
El equinoccio será mañana.
Se prepara el fuego bajo la estrella.
La línea vertical y azul del cielo entre las cortinas.
El atardecer puede acercarse a la aurora.
Miren por todas partes a la gente, caminan y se marchan a
otras puertas.
Es la piel del tiempo.

El espacio de la avenida como otro río sin agua,
sin piedras ni hierba que definan sus costados.
Y tu rostro pálido bajo la luz de los faroles,
pálidas luciérnagas inmóviles, de cuellos alargados.
Si volviera algo de esa preciosa luz.
¿Sientes acaso que la muerte viene?
Como un abrazo al atardecer cuando todo se aquieta un
segundo.
Confundes la primavera con sus ojos.
Confundes la brisa tibia con sus manos.
Nuevamente duermes en el silencio evocado.

Toda ventana se apaga un minuto a lo lejos.
Dos días para la luna brillante,
dos días para el ansiado sueño.

¿Cómo recordarás el campo,
hombre callado por la noche,
cuando la tarde se haya ido
de tu mirada sin aliento?
¿Cómo sabrás que es el río
el que trae los viejos árboles
sin sostener nada en sus ramas
más que la lluvia y un grito?
El gris de la calle sueña.
El rostro nuevo en la ventana.
Las pequeñas aves del oeste.
Te siguen ahora en los labios
como la extraña voz sin voz
de todos los jardines muertos.

La noche nace en estas ramas,
el hilo negro de tus muslos.
Con dagas en el aire veo que vienes,
mirando al mar como una piedra.
Rojo sol en la tierra de los cuervos.
Es tu sombra un caballo moribundo,
una estaca atravesando el mediodía.
Y al dormir sangra tu cuerpo,
sin despertar jamás sobre la tierra.
Nada, sólo el sonido de las hojas.
Tu mirada no se busca quieto.
Ni en la hierba ni en el cielo anda.
Torre deshecha en el horizonte.
La brisa trae también el fuego.

Quisiera verte, el cielo es oscuro y mi corazón no tiene
descanso.
Es pesada la noche, mi alma tan sólo desearía andar en
sueños.
No sé dónde te encuentras. Como si muriera el mar a
nuestro lado.
La tarde fue una breve sombra, otro camino escondido para
el rostro.
¿No hay silencio bello? ¿No despiertas aún para las flores?
Rayo de mi alegría como la mirada del sol, no me cubre tu
cabello.
En el desierto de las azoteas te hablo con mi pensamiento.
Pero tu voz, de dónde llegará cuando me duerma,
cuando ya las calles hayan alcanzado el frío de la niebla.
Llegará de la mañana, del brillo nuevo que me traiga el
árbol.
Te buscaré entonces hasta que nos cubra la luz.
Breve será el tiempo y aun así cómo han de cantar las aves.
Un hermoso y apacible canto, rayo del cielo en el río.